LA UNION

(Almacen de calzado.)

Andrés Ruesga

Al distinguido escritor Sr. D. Manuel
[illegible]

Sus amigos

Los autores

LA UNIÓN

(Almacén de calzado)

JUGUETE CÓMICO-LÍRICO

EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE LOS SEÑORES

A. RUESGA Y E. PRIETO

MÚSICA DEL

MAESTRO VIAÑA.

Estrenado con gran éxito en el Teatro de NOVEDADES la noche del 19 de Enero de 1888.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.
Atocha, 100, principal.

1888.

PERSONAJES.	ACTORES.
CARIDAD	Sra. Iglesias.
PEPITA	Srta. González.
LA MAMÁ	Sra. Sánchez.
POLLA 1.ª (Sras. del Coro.)	Srtas. Camacho.
IDEM 2.ª	Soria.
IDEM 3.ª	Fernández.
IDEM 4.ª	Camarena.
IDEM 5.ª	Florez.
IDEM 6.ª	Trigueros.
VALIENTE	Sres. Cruz.
EL MAESTRO	Castro.
PEPITO	Lastra.
EL COMANDANTE	Campos.
OFICIAL 1.º	Redondo.
IDEM 2.º	Sanz.
Oficiales de zapatero.	

ACTO ÚNICO.

Tienda de zapatería: al foro, puerta vidriera que da á la calle. Á los lados, escaparates con calzado. Á la derecha, primer término, una puerta. En segundo término, anaquelerís con calzado. Una escalera de tigera. Á la izquierda, primer término, mostrador. En segundo, anaquelería. Á derecha é izquierda varias mesillas de zapatero con todos los útiles del oficio, donde aparecerán trabajando los oficiales. Sobre el mostrador varias clases de calzado y un cartelito de «Se necesitan oficiales.»

ESCENA PRIMERA.

CORO DE OFICIALES DE ZAPATEROS trabajando. Luego el MAESTRO con gorro y mandíl. Por la puerta de la derecha.

I.

CORO. Machacando la suela con ahínco
y dale que le dás,
por lo menos se mete mucho ruído
y todo es trabajar.
Del cerote y la lezna estoy cansado
y quiero yo mejor

encender un pitillo del estanco
fumando á mi sabor.
¡Ay qué dolor! ¡ay qué dolor! (Machacando.)
siempre con el trón, trón, trón.
Qué dulce vida
pueden pasar
los zapateros
sin trabajar;
fumando siempre
sin más ni más,
así ganamos
nuestro jornal.
Así, así, (Bailando.)
así, asá...
ganamos siempre
nuestro jornal.

II.

Trabajando pasamos el domingo
(Volviendo á sentarse.)
cuando hay que rematar,
pero en cambio los lúnes, en las Ventas
gastamos el jornal,
y los martes y días sucesivos
sucede á lo mejor
que dejamos las leznas y el cerote
por otra diversión.
¡Ay qué dolor! ¡ay qué dolor!
siempre con el trón, trón, trón.
Así, así,
así, asá, etc.

HABLADO.

Maesr. (Saliendo.) ¡Esto es es escandaloso! ¡Esto no tiene nombre! ¿Es así como se gana el sustento de la familia?. ¿Es así como se da gusto á los parroquianos y se cumple con el maestro?

Así, así, así, así asá,
ganamos siempre
nuestro jornal?...

¿Qué han de ganar ustedes? S'n trabajar no se gana nada. Y luego, ¡quiérame usted, que soy zapatero! ¡Y vengan derechos individuales! ¡Qué han de ser ustedes zapateros! Ustedes son unos músicos averiados! Conque, basta de canciones y váyanse ahora mismo con la música á otra parte. ¡Han oído ustedes? ¡Á la calle! Á la calle enseguida.

OFIC. 1.º Pido la palabra.

MAEST. ¡Qué palabra ni qué ocho cuartos! ¿Se te figura que estamos en el Congreso?

OFIC. 1.º Usted es dueño de su casa y puede mandar lo que quiera; pero en la calle *tóos* somos iguales y allí mando yo.

MAEST. Algo menos será.

OFIC. 1.º Quiero decir que yo no me muevo de aquí ínterin mientras que no me pague mis jornales *respectives*. He dicho.

OTRO. Y yo.

OTRO. Y yo.

MAEST. No hay que alborotar, señores diputados. Voy ahora mismo á ajustarles la cuenta. ¿Cuánto ganas tú? (Á uno.)

OFIC. 1.º Siete reales y cinco céntimos de peseta.

OTRO. Y yo, dos pesetas, veinte y cinco céntimos de real.

MAEST. Buena contabilidad llevan estos mozos. Son tan matemáticos como zapateros. (Contando el dinero que habrá sacado del cajón del mostrador.) Cinco y tres ocho... Ocho y nueve... ¡Ajajá! ¿Es este vuestro jornal?

TODOS. ¡Sí, señor!

MAEST. (Después de guardar el dinero en el cajón del mostrador, y poniéndose á bailar con gravedad cómica.) Esperad un poco. Pues bien... (Remedando á los oficiales.)

Así, así,
así, asá,

á mis obreros
pago el jornal.

Conque lo dicho: á buscar nidos al Pardo, que hace buen tiempo.

TODOS. ¡Esto es un atropello!

OFIC. 1.° Esto es quitarnos el pan con el sudor de nuestra frente...

MAEST. ¡No tienes tú mal sudor!

OFIC. 1.° Y *pretestarémos* ante el juez municipal, de primera instancia.

TODOS. Sí, sí, *pretestarémos*.

MAEST. (Cogiendo el tirapié y amenazándoles.) Esperad un poco; os firmaré el memorial. (Todos salen corriendo.)

OFIC. 1.° (Volviendo.) Si, señor, y le *dilatarêmos* á usted.

ESCENA II.

MAESTRO y PEPITA por la derecha.

MAEST. Á Dios, tribuno. Pues, señor, ha quedado lucido el gremio de zapateros. Y luego dicen que progresan las bellas artes. ¡Pepita! ¡Pepita!

PEPITA. (Saliendo.) ¿Qué quieres, papá?

MAEST. Que te quedes al cuidado de la tienda, en tanto que yo salgo por esas calles á buscar zapateros.

PEPITA. Pues qué, ¿se han marchado los oficiales?

MAEST. No, los he marchado yo. (Quitándose el mandíl.)

PEPITA. ¡Cómo!

MAEST. Por eso; porque comas, porque no te dejen sin comer. Porque me estaban comiendo á mi un costado, y si me descuido me comen el otro.

PEPITA. No te apures, que no faltarán. Coloca en el escaparate el anuncio de: «Se necesitan oficiales.»

MAEST. Pónlo tú, mientras yo busco alguno para que me saque del compromiso. Tengo mucha obra entre manos y hay que dar cumplimiento á la parroquia. Conque lo dicho y hasta luego. (Vase.)

ESCENA III.

PEPITA, luego PEPITO.

Pepita pone el cartel en el escaparate.

HABLADO.

PEPITA. ¡Pobre papaito! Cuánto se desvela por mí! Siempre trabajando, siempre pensando en mi felicidad, y ¿luego para qué?

MÚSICA.

Como soy joven y linda
tiene al fin que suceder,
que entre tantos que me asedian
un galán llegue á escoger.
En el mundo las mujeres
cifran solo su ideal
en ser madres de familia
imitando á sus mamás.
Duérmete niño,
duérmete ya,
que dormidito
más bello estás.

PEPITO. (Saliendo.) Si un rorro buscas
para dormir,
linda Pepita
duérmeme á mí.

PEPITA. Váyase al punto,
salga de aquí,
que compromete
mi porvenir.

PEPITO. Yo me llamo Pepito,
¿sabes por qué?...
Porque soy tocayito
de San José.

Tú Pepita te llamas
con mas razón,
que has de ser la pepita
de este melón.
Cálame, cálame, cálame,
y de seguro
me encontrarás más dulce
que un higo chumbo.
Pruébame, pruébame, pruébame
y ya verás,
que cuanto más me pruebes
te gusto más.

PEPITA. Déjeme, déjeme, déjeme,
déjeme al punto,
porque á mí no me gustan
los higos chumbos.
Váyase, váyase, váyase,
váyase en paz
porque con tanto dulce
me hastío ya.

PEPITO. Un confitero
tan retrechero
tales desdenes
no mereció.

PEPITA. Váyase al punto
porque barrunto
que si nos miran
será peor.

PEPITA. Déjeme, déjeme, déjeme, etc.

PEPITO. Cálame, Cálame, cálame, etc.

HABLADO.

PEPITO. ¡Ingrata! ¡Rechazar así el amor de un confitero!

PEPITA. (¡Dios mío! Allí veo á Valiente.) ¡Retírese usted por Dios! ¡Se lo suplico!

PEPITO. Me voy, pero volveré. Seré tan pegajoso como un almendrado. (Queriendo cogerla una mano.)

PEPITA. ¡Pero qué pegajoso! (Rechazándole.)

PEPITO. Tan dulce como el almíbar y tan puro como el azúcar cande... Ya verá usted qué porvenir de azucarillos nos espera. (Tomándole una mano.)

ESCENA IV.

DICHOS y VALIENTE.

VAL. (Saliendo precipitadamente y colocándose entre los dos.) ¿Me dan ustedes dos onzas de caramelos?

PEPITA. ¡Él!

PEPITO. Usted se equivoca, caballero. La confitería está más abajo.

VAL. ¡Y qué!

PEPITO. Que aquí no se despachan caramelos. Esto es una zapatería.

VAL. Entonces, se despacharán punteras.

PEPITO. Jamás las he usado.

VAL. Ahora las llevará usted.

PEPITA. ¡Por Dios, señores!

PEPITO. ¡Señor mío! ¿Quién le ha dado á usted derecho?...

VAL. Nadie; los derechos no se dan, se toman. Esta señorita es mi prometida, y usted abusa de la vecindad.

PEPITO. (¡Canario! ¡Su novio!)

VAL. Y ahora mismo se va usted á plantar en la calle, ó pierdo el nombre que tengo.

PEPITO. Pues le perderá usted y se quedará inclusero.

VAL. ¡Á mí tal ofensa! sepa usted que soy teniente.

PEPITO. Pues yo oigo bien, á Dios gracias.

VAL. Digo que soy militar.

PEPITO. ¿Usted?

VAL. Sí, señor, de reemplazo.

PEPITO. Y yo siento plaza aquí y de aquí no me muevo.

VAL. ¿Qué no?

PEPITO. No, señor. Este es un establecimiento público y yo

soy un parroquiano. ¡Á ver! ¡Un par de botas!

PEPITA. Caballero!

PEPITO. Dos pares de botas.

VAL. ¡Señor mio!

PEPITO. ¡Tres pares de botas!

VAL. ¿Se burla usted de mí?

PEPITO. No, señor, yo puedo llevar todos los pares de botas que se me antojen.

PEPITA. (Dándole un par de botas.) Tome usted y acabemos de una vez.

PEPITO. ¿Me arroja usted de su casa? ¿Á mí? ¿Á su mejor parroquiano?

VAL. ¡Sí, señor!

PEPITO. Pues bien, no me iré de aquí sin decirle á usted antes...

PEPITA y VAL. ¡Qué!

PEPITO. Que me pase usted la cuenta de las botas. ¡ Abur! (Vase con el par de botas.)

PEPITA. ¡Já, já, já!

ESCENA V.

PEPITA y VALIENTE. Pequeña pausa. Valiente, después de recorrer la escena con la vista, coge de la mano á Pepita y la baja hasta el proscenio, diciéndole con gravedad cómica.

VAL. «Si oyes contar de un náufrago la historia,
ya que en la tierra hasta el amor se olvida...»

PEPITA. ¿Está usted ensayando algún drama!

VAL. «Aquí la guardaré toda mi vida.»

PEPITA. ¡Vaya, déjese usted de bromas!

VAL. ¡Yo postergado á un confitero! ¡Yo rival de un alfeñique! ¡Jamás!

PEPITA. ¡Pero, Valiente!

VAL. ¡Yo no soy valiente más que de nombre! ¡Adios, ingrata! Voy á dejar la existencia.

PEPITA. ¿Pero adónde?

VAL. En cualquier parte. Lo mismo da un sitio que otro.

Voy á arreglar mis asuntos y á suicidarme... en cuanto pague mi deudas.

PEPITA. ¡Cielos!

VAL. ¿Se horroriza usted? ¡Es natural! (Tengo tantas.)

PEPITA. Pues bien, una vez que duda usted de mí, una vez que me cree usted infiel...

VAL. Son dos veces. Una y una dos.

PEPITA. Mátese usted enhorabuena.

VAL. ¡No, enhoramala!

PEPITA. Haga usted su gusto.

VAL. ¡Gracias!

PEPITA. Pero no volverá usted á verme jamás.

VAL. Es claro. Después de muerto...

PEPITA. No me casaré con usted ni con nadie.

VAL. Conmigo de seguro.

PEPITA. ¡Iré á reunirme con mi mamá! (Llorando.)

VAL. ¿Y dónde está?

PEPITA. En el cielo.

VAL. ¡Cáspita, qué lejos!

PEPITA. Se acabó la alegría en esta casa.

VAL. Lo siento por el casero.

PEPITA. ¡Pobre papá mío!

VAL. ¡Ah! ¿Es su papá de usted? ¡Qué lástima!

PEPITA. Mañana contemplará todo el barrio la tienda á medio cerrar en señal de luto.

VAL. ¡Pobres parroquianos!

PEPITA. ¡Pobrecita, dirán...

VAL. ¿Los parroquianos?...

PEPITA. ¡Qué desgraciada fué!... ¡Tan joven! ¡Tan linda!...

VAL. Sí, después del asno muerto...

PEPITA. Y llorarán mi desgracia, porque me moriré y usted será la causa de todo.

VAL. ¡Qué oigo, Pepita! ¿Usted? ¿Usted morir y por mi causa? ¡Ah! Deje usted que le pida perdón de rodillas. Deje usted que bese la tierra que pisa.

PEPITA. ¡Valiente!

VAL. Soy un cobarde que pide humildemente perdón á los

piés de un ángel. (*Se arrodilla ante Pepita y aparece el Maestro.*)

ESCENA VI.

DICHOS y EL MAESTRO *por el foro.*

MAEST. ¡Zapato!
PEPITA. (¡Mi papá!) (*Vase corriendo por la derecha.*)
VAL. (¡El zapatero!)
MAEST. ¿Querría usted explicarme qué significa la posición en que le encuentro?
VAL. Esto se llama estar de rodillas y es la más cómoda para contemplar las extremidades inferiores.
MAEST. ¡Señor mío!
VAL. Estaba admirando el gusto y elegancia de unos zapatos que sin duda son obra de sus manos.
MAEST. ¡Ya! Estaba usted admirando mi obra maestra.
VAL. ¡Y tan maestra, sí señor!
MAEST. ¿Es usted inteligente, por lo visto?
VAL. ¡Vaya si lo soy!
MAEST. ¡Ah, qué idea!... Entonces usted... ¡Sí, no me engaño! Usted es...
VAL. (¡Adios, ya lo conoció!) Pues bien, si señor; ¿á qué negarlo?
MAEST. ¡Es claro! ¡Á qué negarlo! Es un arte como otro cualquiera.
VAL. ¡Eh!...
MAEST. ¿Y le gusta á usted?
VAL. (*Mirando á la puerta por donde salió Pepita.*) ¡Mucho!
MAEST. ¿De modo que cuando llegue la ocasión trabajará usted con ahinco?
VAL. ¿Yo?...
MAEST. Pues me alegro que haya usted leído el anuncio.
VAL. ¿El anuncio? (¿Qué anuncio será ese?)
MARST. No he podido encontrar otro en todo Madrid.
VAL. Es extraño...

MAEST. No lo crea usted. Es la época más atareada y me doy el parabién por su resolución.

VAL. ¡Muchas gracias!

MAEST. ¿Conque usted es?...

VAL. Oficial...

MAEST. Ya, ya me figuro que sabrá usted su obligación. Y en cuanto al sueldo...

VAL. Lo que es en cuanto á eso...

MAEST. No tenga usted cuidado, que yo sé dar á cada uno lo que se merece.

VAL. (¡Qué suegro tan bueno me he echado!)

MAEST. ¿Y lleva usted mucho tiempo parado?

VAL. De reemplazo querrá usted decir. Tres meses.

MAEST. ¿Y por qué fué la salida?

VAL. Pues... la verdad... por el cerote.

MAENT. ¿Por el cerote?... Pues que, ¿se lo llevaba usted?

VAL. No le soltaba nunca, según el expediente que me formaron.

MAEST. ¿Y por un poco de cerote tanto ruído?

VAL. ¡Qué quiere usted!

MAEST. ¿Alguna mala voluntad?...

VAL. ¡Precisamente! Un rival celoso...

MAEST. Lo de siempre.

VAL. Que estaba empeñado en que me batiera con él.

MAEST. ¡Qué atrocidad! ¡Por una cuestión de zapatería!

VAL. No, de amores. Yo me negué á ello.

MAEST. Hizo usted bien.

VAL. Y los oficiales, reunidos en consejo de honor, decidieron arrojarme del batallón.

MAEST. De la zapatería, querrá usted decir?

VAL. No, señor, del batallón.

MAEST. ¡Cómo! ¿Era usted de la milicia?

VAL. ¿Pues no se lo estoy diciendo á usted?

MAEST. No me había enterado; pero á mí no me importan las opiniones políticas, y con tal que sepa usted su obligación, se quedará usted en mi casa.

VAL. ¿Yo?...

MAEST. Sí, señor. Ha llegado usted como llovido del cielo, y desde este momento toma usted posesión de su destino. Aquí tiene usted el mandil y la herramienta, y en tanto que voy á buscar más oficiales, queda usted al frente de mi casa. (Colocándole su mandíl y su gorro.)

VAL. (Asombrado.) ¿Cómo?

MAEST. Como si fuera yo mismo. Como si fuera usted el maestro.

VAL. Pero yo...

MAEST. ¡Ah! No se le olvide á usted limpiar los escaparates y embetunar las botas del comandante, que esta mañana se llevó las nuevas. ¡Abur! (Vase.)

ESCENA VII.

VALIENTE, á poco el COMANDANTE con un par de botas envueltas en un papel.

VAL. ¿Las botas del Comandante? Pero, señor, ¿por quién me ha tomado ese hombre?... ¡Horror! ¡Un oficial del ejército convertido en limpiabotas! ¡Jamás! ¡Huyamos de esta casa para siempre! ¡Adios, ensueños de amor y felicidad! Prefiero á tus humillantes cadenas, comer el amargo pan... de mi patrona.

COMAND. (Entrando muy incomodado y tirando las botas á los piés de Valiente.) Maestro, estas botas me hacen daño.

VAL. ¡Uf! Más me han hecho á mí.

COMAND. Usted dispense.

VAL. ¡No hay de qué! ¡El Comandante! ¡Mi antiguo rival!

COMAND. ¿Dónde está el Maestro?

VAL. (Si me reconoce, soy perdido.)

COMAND. ¿Es usted sordo?

VAL. ¡No, señor! Es que... ¡ay! ¡ay! ¡ay!

COMAND. ¿Qué es lo que hay?

VAL. Nada, que el Maestro ... (Fingiendo la voz y tapándose la cara con el pañuelo.)

COMAND. ¿Ha salido?

VAL. Sí, ha salido.

COMAND. ¡Me parece muy bien! Abandona la tienda y que se fastidien los parroquianos.
VAL. Pero...
COMAND. El buen industrial, debe estar siempre en su farmacia.
VAL. Sí, como el doctor Garrido.
COMAND. ¿Usted será el aprendiz?
VAL. ¿Yo?
COMAND. Ó el encargado. Para mí, es lo mismo.
VAL. No riñamos por tan poco.
COMAND. Hágame usted otras botas, porque esas no me sirven.
VAL. Al momento. (Sigámosle la corriente.)
COMAND. Entre tanto, déme usted las mías, que esta noche tengo una cita y necesito estar presentable.
VAL. (¿Si habrá hecho los paces con mi habanera?)
COMAND. ¡Vamos!
VAL. Enseguida. Tome usted. (Distraido le da unos zapatos de niño.)
COMAND. ¿Qué es esto? ¿Qué me da usted aquí?
VAL. Lo que usted me ha pedido. Sus botas.
COMAND. ¿Mis botas esto? ¡Cómo no me las ponga en las narices!... (Las tira.)
VAL. ¡Ah, sí, es verdad!
COMAND. Las mías son de caballero. Lo que se llaman unas grandes botas.
VAL. Sí, de caballería.
COMAND. ¡Qué!
VAL. ¡Digo de montar!
COMAND. No tal, yo soy infante.
VAL. ¡Perdone vuestra alteza!
COMAND. Mire usted este pie. No se puede confundir con ninguno.
VAL. (¡En lo feo!)
COMAND. No ha habido otro igual en el ejército. ¡Todas mis conquistas las he hecho con el pie!
VAL. (¡Vámos! Éste se ha batido á coces.)
COMAND. Sí, señor, he tenido mucho partido entre las mujeres.
VAL. (Si son como la habanera, estás fresco.)

COMAND. Me acuerdo de cierta viuda que se enamoró de mis botas de charol, en un día de parada.

VAL. Y fonda.

COMAND. En la fonda precisamente fué donde nos juramos eterno amor.

VAL. Sacarían ustedes la tripa de mal año.

COMAND. ¡Pobre Genoveva!

VAL. ¡Qué! ¿Se le indigestó la comida?

COMAND. Á los pocos meses partí con el batallon, y la dejé hecha una Magdalena.

VAL. ¿Cambió de nombre?

COMAND. Yo, la quería con delirio, la verdad, pero la idea del matrimonio me aterraba. ¡Una viuda con seis hijas...

VAL. ¡Qué fecundidad! (Durante este diálogo el Comandante se ha estado paseando y Valiente guardándole lao vueltas hasta que tropieza con él.)

COMAND. ¡Pero, hombre de Dios! ¿Y mis botas?

VAL. Al momento. Ayúdeme usted, señor Comandante. (Pone la escalera delante del estante y el Comandante la sostiene por un lado.)

COMAND. Bueno; pero dése usted prisa. (Zarandeando la escalera.)

VAL. No haga usted eso, que me voy á estrellar.

COMAND. (¡Calla! ¿Qué veo? ¡Esa cara!...)

VAL. (¡María Santísima! ¿Si me habrá reconocido?)

COMAND. (¿Si será?...)

VAL. (¡Cómo me mira!)

COMAND. (¡Prudencia y sagacidad!) (Sube la escalera muy despacio por el lado opuesto.)

VAL. Ya ha desplegado las guerrillas. Toquemos retirada. (Se va á bajar y el Comandante le sujeta en lo alto de la escalera.)

COMAND. ¡Alto allá!

VAL. (¡Me copó!)

COMAND. No me engañaba. Es usted.

VAL. ¿Quién?

COMAND. Mi antiguo rival.

VAL. Usted dispense; no sabía que era usted zapatero.

COMAND. ¡Déjese usted de chirigotas, ¡vive el cielo!...
VAL. Cuidado, hombre, que nos vamos á caer los dos.
COMAND. (Bojando.) Baje usted inmediatamente.
VAL. Aguarde usted que le alcance las botas.
COMAND. Ó baja usted ó le estrello.
VAL. Allá voy, hombre, allá voy; no sea usted tan vivo de genio. (Baja.)
COMAND. (Cogiéndole de las solapas de la americana.) Conque no satisfecho con robarme la americana...
VAL. ¡Poco á poco! Esta americana es mía: no le debe nada á nadie.
COMAND. Me refiero á la habanera, á Caridad.
VAL. ¿Á Caridad?
COMAND. No contento con robarme su amor, se disfraza usted de zapatero para burlarse de mí.
VAL. En cuanto á eso...
COMAND. Como ella viene aquí á calzarse...
VAL. ¿Aquí? ¡Esta es otra!
COMAND. Y ha de saber usted que á mí ningún zapatero me la pega.
VAL. Pero escuche usted...
COMAND. Nada escucho. Usted y yo somos incompatibles, y si antes no quiso batirse conmigo, hoy se batirá usted, que quiera que no.
VAL. Pues bien, sí; ¡qué diablos! Me batiré con usted, y así le probaré que soy un valiente y digno de mi apellido.
COMAND. Corro en busca de los padrinos, y dentro de media hora la razón será del más fuerte. (Vase.)
VAL. Tiene usted razón. Ahora no hay más remedio que abandonar el campo. Una retirada á tiempo vale tanto como una victoria.

ESCENA VIII.

VALIENTE y CARIDAD.

MUSICA.

CARIDAD. Buenos días, maestro.
Dios guarde á usted.
VAL. ¡La habanera, Dios Santo!
Se armó el belén.
CARIDAD. ¿Á qué viene ese traje?
¿Qué hace usté aquí?
¿Es usted zapatero?
VAL. Soy aprendiz.
CARIDAD. Yo buscaba un maestro
que en la obra prima
fuera dócil y diestro,
que es lo que priva.
Si es usted el que busco,
dígalo ya,
y de aquí en adelante
me calzará.
VAL. Con sus piés tan pequeños
y tan bonitos
el maestro más torpe
hará prodigios.
Y aunque soy en el arte
solo aprendiz,
calzaré con cariño
su pie sutil.

—

CARIDAD. ¿Te acuerdas de aquel día?
VAL. Me acuerdo, sí.
CARIDAD. Á mí no se me olvida.
VAL. Tampoco á mí.
CARIDAD. Juraste amarme siempre.
VAL. Harto lo sé.

CARIDAD. Y luego al otro día.
VAL. Me las guillé.

—

CARIDAD. ¡Cuántas veces, vida mía,
sentadita á la orilla del mar,
recordé con alegría
nuestros sueños de felicidad.
De las olas espumosas
contemplando el vaivén seductor,
¡cuántas horas presurosas
cruzar vimos henchidos de amor!
Tú con tus ojos
fijos en mí,
yo con tu mano
cogida así.
Tú, suspirando
con tierno afán,
y yo exhalando
un dulce ¡ay!

LOS DOS. ¡Ay! (Bailando.)
Meciéndose así,
con dulce compás,
no envidio á las olas
que vienen y van.
Vaivén seductor,
dichoso vaivén,
sin tí no es posible
que exista el placer.
¡Ay, sí!
¡Ay, no!
¡Esto es vivir!
¡Esto es amor!

—

ESCENA IX.

DICHOS y PEPITA.

HABLADO.

PEPITA. ¡Muy bien!..

VAL. ¡La Guardia Civil!

PEPITA. Continúen ustedes.

CARIDAD. No, si ya hemos concluído.

VAL. Justo, hemos concluído... (y ahora empieza lo bueno.)

PEPITA. Me parece, caballero...

VAL. ¡Vamos á ver! Á que al entrar se ha figurado usted que estábamos bailando?

PEPITA. No, señor, no es figuración, es evidencia.

VAL. ¡Já, já, já! ¡Tiene gracia! ¿Verdad que tiene gracia?

PEPITA. Ya lo creo. Mucha.

CARIDAD. Es que las habaneras son tan... (Indicando el baile.)

VAL. Sí, las Habaneras... Es decir, la señora... porque la señora, es habanera, nacida en la misma Habana.

CARIDAD. No, señor, en Santiago de Cuba.

VAL. Eso es, en Santiago de Cuba, que es como si dijéramos la Habana.

PEPITA. Bien; será todo lo que usted quiera... pero lo que yo digo es que estaban ustedes bailando.

CARIDAD. Sí.

VAL. Sí; eso parecería, no lo niego, pero no es eso. Como su padre de usted me dejó al frente del establecimiento, esta señora vino á comprarse unas botas. Mírelas usted, aún las tiene puestas.

PEPITA. Sí, son zapatos...

VAL. Bueno, zapatos, es lo mismo. Se los probó, y como se empeñaba en que le estaban estrechos, yo para demostrarla lo contrario... la dije... baile usted, baile usted...

PEPITA. ¿Y se puso usted á bailar con ella?

VAL. Es que la señara es viuda, y cuando una viuda necesita zapatos...

PEPITA. Hay que bailar habaneras.

VAL. ¡Justo! (Ya no sé lo que me digo.)

PEPITA. (Pegándole un pellizco.) ¡Pillo!

VAL. ¡Ay, señora!

CARIDAD. (Son novios, no me cabe duda.) ¡Pérfido! (Á Valiente.)

PEPITA. (Á Id.) ¡Ingrato!

ESCENA X.

DICHOS y PEPITO.

PEPITO. Buenos días. ¿Está el Maestro?

CARIDAD. *¡Caye!* El *poyo* de la Zarzuela.

PEPITO. ¡La joven de Jovellanos!

CARIDAD. ¡Servidora!

PEPITO. ¡Servidor!

VAL. ¡Hola! ¡Se conocían!

CARIDAD. Un poco. Éste joven es tan galante.

PEPITA. (¡Para que una se fie!)

VAL. (Á Pepito.) Ó se va usted ó le reviento.

PEPITO. Pues no me iré.

CARIDAD. ¿Qué le decía á usted?...

VAL. Nada, que se empeña en abonar la cuenta de usted, y yo le decía...

PEPITO. ¿Yo? No lo crea usted.

CARIDAD. Gracias, joven. No puedo negarme á ese obsequio.

PEPITO. (Me aplastó.)

VAL. Venga el dinero.

PEPITO. Bueno, mándeme usted la cuenta.

CARIDAD. Siempre me ha sido usted simpático. Se parece usted tanto á mi primo...

PEPITO. Es favor...

CARIDAD. Es decir, á mi difunto esposo.

PEPITO. ¡Ah!

CARIDAD. Quisiera ir á la plaza de Afligidos; pero no sé dónde está... Si usted fuera tan amable...

VAL. Ya lo creo. El señor la acompañará á usted... (y así nos deja en paz.)

PEPITO. ¿Yo?

CARIDAD. ¡Siempre tan amable!

PEPITO. Es que... (¿Qué va á decir Pepita?...)

CARIDAD. Cuando usted guste. (Tomándole del brazo,)

PEPITO. (Se colgó del brazo.) (Á Pepita aparte.) Crea, usted, que yo...

PEPITA. ¡Vaya usted con Dios! (De mal humor.)

CARIDAD. Hasta después. (Vanse.)

VAL. (Á Pepita.) ¿Se convence usted de mi inocencia?

PEPITA. Déjeme usted en paz. (Vase por la derecha.)

VAL. Nada, no hay medio de disuadirla... y estoy decidido. Me las *guillo*, ahora que me han dejado solo. (Va á marcharse y entra la Mamá y las niñas.) ¡Uy! ¡Cuánta gente!

ESCENA XI.

VALIENTE, la MAMÁ y las seis NIÑAS.

MÚSICA.

MAMA y POLLAS. Muy buenas tardes,
señor Maestro.

VAL. Muy buenas tardes.

MAMA y POLLAS. ¿Cómo está usted?

VAL. Perfectamente,
señoras mías.
¿Ustedes buenas?

MAMA y POLLAS. Gracias, muy bien.

MAMA. Estos tres pimpollos,
hijas mias son,
y por sus hechizos
llaman la atención.
En Madrid no hay otras
que tengan su *chic*,
vistas por delante,

vistas de perfil.

Val. Es cierto, si tal,
las tres tienen *chic*,
vistas por delante,
vistas de perfil.

Mama. Dad un paseito. (Se pasean.)
Véalas usted.
¡Vaya unas cinturas!
Mire usted sus piés.

(Todas se levantan un poco el vestido y enseñan el pie.)

Ahora á todas ellas
las va usté á calzar,
aunque así la cuenta
suba un dineral.

Val. Ya fácil nos es
poder escapar.

Pollas. Con un zapato escotado
ó una botita imperial,
y levantando el vestido
un poquitito no más,
vuélvese así el abanico,
y al que nos dice una flor,
de esta manera se mira,
y ese el anzuelo tragó,
que por la peana,
según un refrán,
al santo se adora,
y esto es lo esencial.
Mire usted, Maestro,
mire usted mi pie,
no le hay más chiquito
ni con más aquél.

Mama. Mire usted el mio.

Val. ¡No, por compasión!
Con los de las niñas
satisfecho estoy.

Mama. Yo soy más ligera,

pruebe usté y verá.
(Cogiéndose á él para bailar.)

VAL. ¡No, por Dios, señora!

MAMA. Vamos á bailar.
(Concluye el número bailando la Mamá con Valiente y las niñas de dos en dos.)

TODOS. Larará, lararà,
lararà, lararà.

ESCENA XII.

DICHOS, PEPITA y EL MAESTRO.

HABLADO.

MAEST. Pero, señores, ¿qué escándalo es este?

VAL. ¡Ulf! ¡el Maestro!

MAEST. ¿Qué significa este jolgorio? ¿Estamos en Capellanes ó en una zapatería?

PEPITA. ¿Otra vez?

VAL. ¡Pepita!

PEPITA. ¡Siempre me lo encuentro bailando.

MAEST. Este hombre ha debido ser bailarín.

VAL. ¿Y eso les extraña á ustedes?

MAEST. ¿No nos ha de extrañar?

PEPITA. Y tanto.

VAL. Pues es un método como otro cualquiera.

MAEST. ¿Y para qué?

VAL. ¡Toma! Para dar gusto á los parroquianos.

MAEST. ¡Hombre! Bueno es darles gusto, pero no tanto.

VAL. Sí señor; el baile es uno de los ejercicios que más divierten y que más calzado rompen. De esta manera se complace á la parroquia y hace uno su negocio.

MAEST. ¿Si? Pues mañana voy á poner en la muestra: «La Unión, zapatería y sociedad de baile.»

NIÑAS. ¡Ay! ¡qué bonito!

MAMA. Vendremos todos los días de visita.

PEPITA. ¡Infame! ¡Perjuro!
VAL. ¡Pero, Pepita!...
MAEST. ¿Qué decía usted?
VAL. (Cogiendo unas botas que habrá en el suelo.) Nada; que aquí están las botas.
MAMA. Pero maestro, ¿nos despacha usted á nosotras?
MAEST. Enseguida.
VAL. (Dándole las botas que tiene en la mano.) Tome usted.
MAMA. ¿Qué me da usted aquí, hombre de Dios?
NIÑAS. ¡Jesús, qué grandes!
MAEST. (Quitándoselas.) Como que son las del Comandante.
MAMA. ¿Se han vuelto ustedes locos?

ESCENA XIII.

DICHOS, EL COMANDANTE y PEPITO.

COMAND. (Con dos sables que deja al entrar.) ¡Aquí estamos todos.
MAEST. ¡Hombre, llega usted á tiempo. (Dándole las botas: el Comandanta las tira.)
COMAND. Déjeme usted en paz.
VAL. ¡El Comandante!
PEPITO. ¡Ahora me las pagará!
MAMA. ¡Qué veo! ¡Gregorio! (Por el Comandante.)
COMAND. ¡Genoveva!
MAEST. ¡Calle! ¿Se conocían?
MAMA. ¡Ay! ¡ya lo creo!
VAL. (Al Comandante.) Doy á usted mi enhorabuena.
COMAND. ¡Silencio, seductor!
MAEST. ¿Seductor?
COMAND. Sí, que ha intentado robarme mi amor.
MAEST. ¿Su amor?
MAMA. Pero si no hemos bailado juntos mas que unos cuantos compases...
COMAND. ¡Cómo! ¿También contigo? ¡Luego ya son dos!
PEPITO. No, señor; que son tres.
PEPITA. ¡También á mí me engañaba!
MAEST. ¿Á tí?

MAMA. ¡Pérfido! ¿Tenías relaciones con cuatro?
COMAND. ¿Quién? ¿yo?
MAEST. ¡Pero, señor Comandante!
PEPITO. ¡Qué Comandante, si es el oficial!
MAEST. ¿De zapatero?
PEPITO. No, señor, oficial de ejército.
MAMA. No tal, es comandante; yo le he visto los galones.
PEPITO. Yo me refiero á ese falso zapatero.
MAEST. ¡Joven, usted ofende á la clase!
PEPITO. ¡Y nos batiremos!
MAEST. ¡Batirse conmigo!
PEPITO. No, señor, con el oficial.
MAEST. Con el Comandante, querrá usted decir.
COMAND. ¿Conmigo?
VAL. (¡Valiente lío se ha armado!
PEPITO. No tal, con el zapatero.
MAEST. ¿Pero nos entenderemos de una vez? ¿Quién es aquí el Comandante, el oficial, el seductor y el falso zapatero?
MAMA. (Señalando al Comandante.) Ese.
PEPITA (Señalando á Valiente.) Ese.
PEPITO. (Idem id.) Ese.
COMAND. (Idem id.) Ese.
VAL. (Señalando al Comandante.) Ese.
NIÑAS. (Por el Comandante.) Ese.
MAEST. Pues quedamos enterados. (Aturdido.)
TODOS. ¡Pues bien claro está.
MAEST. ¿Pero no hay quién me explique este enredo? ¿No hay quien tenga caridad?

ESCENA XIV.

DICHOS y CARIDAD que habrá oído las últimas palabras.

CARIDAD. Aquí estoy yo.
PEPITA, VAL. y COMAND. ¡La habanera!
MAEST. ¡Mi parroquiana!
CARIDAD. ¡La misma! ¿Qué sucede aquí? (¡Calle! ¡la madre de sus hijas!) (Por Genoveva.)

MAEST. Casi nada. Que mi hija tiene relaciones con el Comandante, que el oficial quiere batirse con esta señora, y que el señor es un falso zapatero... ¡Uf, qué lío!

TODOS. ¡Pero señor, si no es eso!

MAEST. ¿No? Pues será lo otro. (Rumores.)

CARIDAD. Guarden ustedes un poquito de silencio y yo me encargo de explicarlo todo.

TODOS. ¿Usted?

CARIDAD. Yo, sí.

VAL. (¡Ahora va á ser ella!)

MAEST. Y usted qué tiene que ver...

CARIDAD. Mucho, si me mira usted despacio.

MAEST. Pero...

CARIDAD. Cómase usted el pero y escuche, que voy á principiar, Pues señor...

MAEST. Este era un pastor...

CARIDAD. No tal: era un zapatero que tenía una hija muy linda, (Mirando á Pepita.) y muy graciosa.

PEPITA. ¡Es favor!

CARIDAD. Y un poco coqueta.

PEPITA. ¡Cómo!

MAEST. ¡Cómo!

CARIDAD Como ustedes quieran. Varios galanes asediaban la plaza, y al cabo se rindió á un joven oficial.

MAEST. ¡Y vuelta con el ejército!

CARIDAD. Este señor Comandante...

MAEST. ¡Y dale con el Comandante!

CARIDAD. También estaba enamorado.

TODOS. ¿De quién?

CARIDAD. De esa señora. (Por Genoveva.)

MAMA y NIÑAS. (Con alegría.) ¡Ah!

TODOS. (Con lástima.) ¡Ya!

COMAND. (¡Me partió!)

CARIDAD. Y este simpático joven...

PEPITO. ¿Yo?

CARIDAD. Me ha dicho hace poco que me amaba.

TODOS. ¿Él?

CARIDAD. Pero indirectamente. ¿No es verdad, don Pepito?
PEPITO. (¡Vaya una indirecta!)
MAEST. Y todo esto, ¿qué me interesa á mí?
CARIDAD. Mucho; porque de usted depende la dicha de todos los que estamos aquí reunidos.
MAEST. ¿De mí?
CARIDAD. Si usted consiente en la boda de su hija con Valiente, el Comandante se casará con esa señora, yo accederé á los ruegos de don Pepito, y todos nos habremos entendido.
MAEST. Justo. Todos, menos yo, que cada vez lo entiendo menos. Á ver, ¿qué dicen ustedes?
COMAND. Por mí, corriente; esta es mi mano. (Dándosela á Doña Genoveva.)
MAMA. ¡Hijas mías! Abrazad á vuestro padre.
NIÑAS. ¡Papá!
VAL. (Á Pepita.) Y, usted, ¿qué dice?
PEPITA. Si papá nos da su consentimiento...
MEST. ¿Pero, en qué quedamos; este señor es zapatero ó Comandante?
VAL. Ni uno ni otro. Federico Valiente, oficial de la reserva, que tiene el honor de pedirle la mano de su hija.
MAEST. ¿Y cómo vino usted á pedir trabajo?
VAL. Fué un *quid pro quo*, yo dije que era oficial, y usted equivocó la palabra.
MAEST. Pues ha sido floja la equivocación. Oficial... oficial... Es natural¡ ¡hay tantas clases de oficiales!...
VAL. ¿Consiente usted?
MAEST. Consiento, por ahora, no salgamos luego con otra embajada.
CARIDAD. ¡Ya somos felices! Todos hemos encontrado nuestra media naranja.
MAEST. Todos, menos yo.
COMAND. Si usted gusta, le cedo la mía.
MAEST. Gracias, cómasela usted. Pues, señor, estoy decidido. Mañana haré poner en la muestra de mi tienda: LA UNIÓN. ALMACÉN DE CALZADO Y AGENCIA MATRIMONIAL.

MÚSICA.

TODOS. Si el juguete agradó
y un aplauso nos das,
gozaremos todos
de felicidad.

FIN.